

La relación con el otro como relación con nosotros mismos

Marco Bianciardi

4 mayo 2007.

Todas las religiones esconden tesoros de sabiduría. Empezaré, por lo tanto, con una cita evangélica conocida por todos nosotros: ‘Ama al prójimo como a ti mismo’.

No se trata a mi parecer de un imperativo moral, de una orden, de un deber: se trata de manera simplemente de una sabia constatación, de una observación de por sí contraintuitiva, pero rica de sabiduría sistémica... todos nosotros podemos amar al otro (sea lo que sea que entendamos por este término) solo y exclusivamente como podemos amarnos a nosotros mismos.

Más en general: todos nosotros, en definitiva, estamos en relación con el otro con las mismas modalidades según las cuales estamos en relación con nosotros mismos.

Lo que quisiera mostrar es que las *modalidades* de describirme a mí mismo son las *modalidades* según las cuales me describo a mí mismo al otro. Cuando hablo del otro, en definitiva, hablo de mí; pero, también, cuando hablo de mí, en definitiva, hablo del otro.

No solo esto: ya sea que hable de mí, ya sea que hable del otro, en definitiva, hablo siempre según las modalidades que emergen de la *relación* con el otro...

En el principio está la relación.

Retomemos, por lo tanto, el concepto de *relación*.

El modo de entender el concepto de *relación* es hoy profundamente diferente respecto a cómo era entendido al interior de la primera cibernética.

En síntesis, mientras en la cibernética clásica la ‘relación’ era la relación *observable* (la relación que podía ser observada entre dos cónyuges, por ejemplo), en la cibernética de segundo orden la relación es la relación *entre el observador y lo observado* (y por ende la relación entre yo que observo y la relación observada, por ejemplo, la relación de pareja), y en este sentido debe ser entendida como una relación de segundo orden (una relación con una relación).

En la primera cibernética, con una ingenuidad que hoy nos parece hasta grosera, las relaciones entre personas eran propuestas como lo que es observable *vs* lo que es intrapsíquico: ‘relación’ es cuanto sucede entre dos personas que interactúan. Se consigue de ello, utilizando frecuentemente la terminología un poco ingenieril desarrollada justamente en aquella época de la teoría de la comunicación, la relación es analizable en términos de *input* que el individuo recibe y de *output* que el individuo exhibe: comportamiento, por consiguiente, que es posible observar, mientras lo que ocurriría dentro del individuo no es observable, siguiendo la famosa metáfora según la cual es útil considerar lo intrapsíquico como ‘caja negra’.

Si retoman las primeras páginas de *Pragmática de la comunicación humana*, encuentran que los autores postulan una mayor científicidad del enfoque sistémico respecto del psicoanalítico, en tanto este último se ocupa de cuando habría al interior de la psique

individual, y por lo tanto, se ocupa de cualquier cosa que no es observable directamente, mientras el enfoque sistémico se ocupa relaciones entre personas, las que son directamente observables.

La observabilidad venía, por lo tanto, en cualquier modo a sobreponerse a la objetividad (lo que es observable es más ‘objetivo’ de lo que no lo es), y a partir de esta indebida confusión lógica se le atribuía a la sistémica una autorización de mayor científicidad.

Pero bien está subrayar que esta supuesta mayor científicidad es totalmente interna a la ciencia clásica, se funda, entonces, sobre la idea de que es posible una observación ‘objetiva’, que es posible observar desde el punto vista de Dios: en este sentido la supuesta mayor científicidad de la primera cibernética es del todo coherente con las lógicas y de los parámetros de las ciencias exactas, y solo al interior de tales parámetros podría tener un sentido...

Y esto es un primer punto interesante.

Y es interesante porque justamente la observabilidad (que en la primera cibernética era supuesta como garantía de objetividad) conlleva, en la cibernética de segundo orden, consecuencias de toda una naturaleza distinta, por ciertos versos opuestos.

De hecho, con la ‘revolución copernicana’ – porque de esto se trata – introducida por la cibernética de segundo orden, *la relación entre sistema observador y sistema observado* implica el reconocimiento de la ‘subjetividad’ de cada proceso cognitivo (una ‘subjetividad’ irreparable e ineludible, necesaria, estructural se podría decir: como notará von Foerster el objeto observado tiene inevitablemente las características del observador).

Por lo tanto: en la primera cibernética la relación es la relación ‘observada’, y en cuanto tal es puesta en garantía de la ‘cientificidad’ del enfoque confundiendo en parte observabilidad con objetividad.

En la cibernética de segundo orden la relación es la relación observador-observado, la que indica el final de cada pretensión de ‘objetividad’ (nadie puede pretender ponerse desde el punto vista de Dios, y la objetividad debe ser puesta entre paréntesis).

En fin, la ‘unión’ está precisamente entorno al concepto de ‘observación’.

La relación observada parece garantizar la objetividad – *la relación observador-observado* redefine como ilusoria cualquier pretensión de objetividad.

Naturalmente las consecuencias de la revolución copernicana de la que hablaba antes están en parte todavía por explorar.

Una de estas consecuencias es, precisamente, que la relación así entendida (la relación observador-observado) conlleva que la relación con el otro debe ser entendida como relación con nosotros mismos, y viceversa naturalmente.

Ante todo notamos cómo la relación observador-observado es una relación que comprende al sujeto; nosotros, en cuanto sujetos, estamos presos dentro de tal relación. Siempre. Siempre y en cualquier caso.

También cuando observamos la relación entre un padre y un hijo, o entre dos cónyuges, estamos siempre dentro de la relación entre nosotros que observamos y la relación que estamos observando.

Pretender salir de ello sería un poco como pretender salir de la propia piel: suponiendo que fuera posible, no es aconsejable, porque no sobreviviremos.

Esto significa que no podemos nunca observar desde el exterior la relación que nos comprende. Más bien buscamos siempre observar desde el exterior a nosotros mismos y nuestra relación con el mundo y con el otro; y creo que debemos buscar hacerlo, sobretodo como terapeutas, o como personas que se ocupan de las relaciones humanas. Pero debemos también recordarnos siempre que se trata de una tarea imposible.

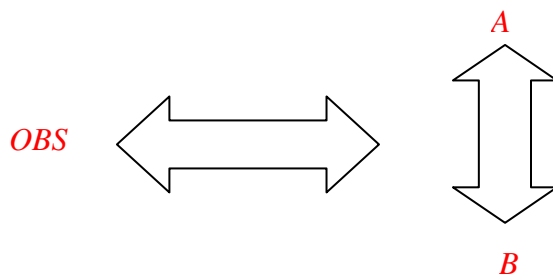
Ahora, esta relación de la cual no podemos 'salir' es en definitiva una relación de segundo orden, es decir, una relación con una relación.

¿En qué sentido se trata de una relación de segundo orden?

La 'relación' de la que estamos hablando es siempre:

Obs r (r)

(un observador entra en relación con una relación: por ejemplo la diferencia entre A y B)



En el hombre (animal dotado de la maravillosa potencialidad de 'narrar' este ser en relación con el propio nicho ecológico) las cosas se hacen aún más complejas: se introduce entonces el *relato* de $r (r)$.

Subjetividad = Obs R (r (r))

(se tiene subjetividad cuando un observador narra el propio entrar en relación con una relación: por ejemplo la diferencia entre A y B)

que se puede también escribir:

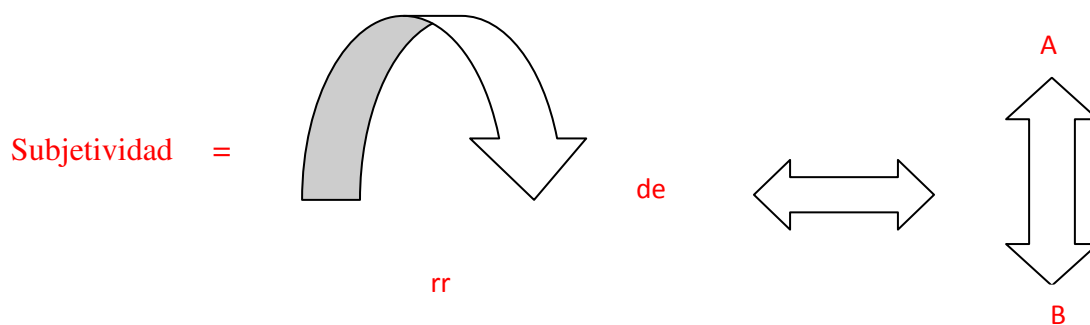
subjetividad: R (r (r))

(la subjetividad es el relato de la propia experiencia, es decir, es el relato del propio estar en relación con innumerables diferencias, o relaciones)

Y ya que el relato que es nuestra subjetividad, es un relato de cara a nosotros mismos, eso es ante todo una relación con nosotros mismos: una *relación reflexiva*.

Por esto la R (=relato) puede legítimamente ser leída como una rr (= relación reflexiva).

Se tendrá entonces:



$$\text{subjetividad} = rr(r(r))$$

(la subjetividad es la relación reflexiva que nos relata a nosotros mismos el estar en relación con las innumerables relaciones potencialmente presentes en lo real)

Bien está, sin embargo, subrayar que la posibilidad de ‘relatar’ que nos hace humanos se pone como ineludible: no es una potencialidad que podemos elegir usar o menos...

Con la excepción, quizás, de los niños autistas, el infante está, sin embargo, capturado en la red lingüística propuesta (pero también impuesta) por los contextos de relaciones primarias dentro de los cuales viene al mundo: no tiene elección, y, en el hacerse hombre, se pondrá, no obstante, como sujeto de un relato reflexivo y recursivo que es una relación con sí mismo que narra el propio estar en relación con las relaciones, o las diferencias, que él coge en el ambiente en el que vive.

Desde aquel momento la subjetividad será un relato que debe ser reconocido como íntimo y secreto, porque es construido con las palabras, sintaxis, con los matices lexicales, con los significados, etc. que son de todos aquellos que hablan la misma lengua, y porque retomará inevitablemente aspectos de la forma de las relaciones de las que el sujeto ha participado y participa... este relato terminará solo con la muerte: será un ininterrumpido diálogo interior, será el incansable referirnos a nosotros mismos de cuanto nos suceda, será un perpetuo anudar y reanudar versiones de historias, y atribuir significado, y relatarnos a nosotros mismos una ‘imagen’ de nosotros que crea la continuidad en el tiempo de nuestra experiencia y que busca constantemente dar coherencia a la experiencia misma.....

Todo esto tiene consecuencias interesantes respecto a lo que generalmente consideramos ‘interno’ y ‘externo’.

Porque, naturalmente, nosotros daremos por descontado que este relato que nosotros somos, esta relación reflexiva de una relación de segundo orden que *es* nuestro ponernos como sujetos, sea *interno* a nosotros mismos.

Dicho de otra manera: daremos por descontado que por una parte está esta maravillosa posibilidad de relatarnos a nosotros mismos nuestra experiencia en el mundo, que es una relación reflexiva, o sea una relación con nosotros mismos; y que, por otra parte, están las relaciones, precisamente, con el mundo externo, con el otro, con el ambiente...

Es como decir, aunque muy groseramente: las relaciones con los otros son 'externas', la relación conmigo mismo es 'interna'... y las dos cosas son bien distintas...

Pero, si se piensa bien, esta certeza vacila.

La fórmula que hipotética que la subjetividad se da en una pluralidad de niveles lógicos del estar en relación [*subjetividad* = $rr(r(r))$] es una fórmula lógica, y en cuanto tal es atemporal.

Pero si introducimos el tiempo y la historia, debemos reconocer que esta pluralidad de niveles lógicos nace y emerge desde un contexto, un contexto de relaciones corpóreas, táctiles, sensoriales, afectivas, emocionales, lingüísticas....

En el principio está la relación con los adultos significativos dentro de contextos de vida históricos y concretos. Al interior de esta relación el niño se pone inmediatamente como observador, y lo hace según modalidades que emergen de la relación (las características de la relación madre-niño hacen de contexto a las modalidades según las cuales el niño empieza a 'observar' la relación misma).

Desde el comienzo que la práctica lingüística permite/obliga iniciar un relato a sí mismo de la propia experiencia de relación: y este relato estará marcado inmediatamente por un lado por las características de la relación emotiva, por otro lado, por las características de la lengua natural (sintaxis, terminología, etc.).

El relato de sí a nosotros mismos que *es* la subjetividad emerge por lo tanto de los contextos de relación primaria. Las características y las modalidades de relatarnos a nosotros mismos, no podrán ser arrancadas e independientes de las características de las relaciones. Por otra parte, y circularmente, las características del relato de sí a nosotros mismos, in-forman (dan forma a) sobre cómo nos relatamos a nosotros mismos al otro.

Por un lado, **la relación con nosotros mismos nace y emerge de la relación con el otro.**

Por otro lado, **la relación con el otro tendrá las características de la relación con nosotros mismos.**

Si la 'relación' es una relación 'constructiva', es claro que las modalidades, las prácticas, los hábitos si queremos, o, de todos modos, *cómo* la relación construye, no se da en el vacío: este *cómo* estará, sin embargo, limitado por los vínculos fisiológicos y emergerá, no obstante, de las experiencias relacionales en las que el sujeto se compromete.

Por otra parte, es igualmente claro que este *cómo* influenciará, dará forma, participará en definir sea cómo me cuento a mí de mí mismo, sea cómo me cuento a mí del otro: el narrador es él mismo, y si el conocimiento no es objetivo, el *cómo* es más importante que el objeto observado....

Naturalmente, esta 'verdad' es contraintuitiva porque el pensamiento humano es extremadamente complejo, y la potencialidad de narrar sobre diferentes registros crea modalidades diferentes de narrar, comprendidos los modos de relatar que han sido denominados 'inconscientes' (y que los psicoanalistas relacionales contemporáneos llaman, por ejemplo, 'modelos operativos internos disociados').

Nosotros los cibernéticos somos infinitamente ignorantes respecto de la hipótesis de cómo se declina la complejidad del relatar sobre más planos, sobre diferentes registros, con modalidades en parte diferentes, modalidades que a su vez cooperan y se integran y se confirman, pero que a su vez también chocan la una con la otra (el 'conflicto')... los psicoanalistas lo son un poco menos, de seguro...

Esta profunda ignorancia me obliga a pasar de la teoría pura a la concreta vivencia humana del Sr. Aldo, cincuentón, dirigente de una empresa, casado, con dos hijas, en grave crisis personal después del imprevisto abandono por parte de la mujer; esta última había siempre dictado las reglas de la relación (comprendida la 'regla' según la cual la pareja podía ser 'abierta', y de hecho ella había tenido un amigo importante y alguna otra relación menos significativa...). Aldo, teniendo a sus espaldas una experiencia difícil como hijo único de una pareja que describe como formada por una madre dura, siempre enojada con el mundo y con la vida, y por un padre gravemente depresivo, muerto precozmente según Aldo porque desde un tiempo no tenía alguna razón para vivir, había siempre aceptado que la mujer dictara las reglas de su pareja, se había obligado a compartirlas y a 'crearlas', hasta que... las había puesto en práctica, iniciando también él una relación extraconyugal y provocando así la inmediata ruptura del matrimonio...

Un momento intensísimo, conmovedor, realmente rico también para mí, fue cuando Aldo pudo reconocer que en un cierto sentido había siempre 'despreciado' la mujer exactamente como se despreciaba a sí mismo, y al propio padre...

'Ama al prójimo como a ti mismo', precisamente.

La modalidad de relatarse a sí mismo al otro, en el fondo era la misma de relatarse a sí mismo... pero esta modalidad 'devaluadora', por así decir, mientras era explícita en los propios enfrentamientos, en los enfrentamientos del otro podía quedar implícita: permitía, al contrario, revalidarse a sí mismo gracias al estar en relación con un otro que era 'narrado' a sí mismo como todo un otro pero devaluado...

Y todos nosotros, creo, podemos advertir alguna cosa que dentro de nosotros se recompone, por así decir, en el momento en que podemos realmente 'sentir' que si odiamos al otro, en definitiva nos odiamos a nosotros mismos, y también, obviamente, que el amor por el otro es una modalidad de bien querernos a nosotros mismos.

Y esto, nos habría recordado Bateson, vale también para el mundo que nos rodea: despreciar al ambiente en el que vivimos y usarlo sin sabiduría sistémica, significa en definitiva despreciarnos a nosotros mismos. Destruir el ambiente significa destruirnos a nosotros mismos.

Pero volvamos a las vivencias de la subjetividad y de las relaciones interpersonales. Surgen muchas preguntas.

Es claro que no estamos hablando de nada objetivo: tanto el valorar como el desvalorar (a nosotros mismos o al otro) son del todo subjetivos...

¿Por qué Aldo parece re-conocer un pensamiento propio hasta ahora implícito?

¿Se trataría de un pensamiento ‘inconsciente’ (concepto que, como sabemos, es una contradicción en los términos)?

¿Cómo hablar, a partir de una lógica cibernética, de ‘pensamientos’ inconscientes, o sea de modalidades según las cuales creamos la relación con nosotros mismos y con el otro sin hacerla palabra?

Dejaría abiertas estas preguntas, para terminar con un bello fragmento literario.

“... y en mi corazón, en la profundidad del alma, también yo lo sabía, sin necesidad de las palabras justas, porque entonces todavía no lograba encontrar las palabras para describir los fenómenos de la vida... Llegan más tarde, las palabras justas, y para encontrarlas hay que pagar un precio terrible”

(Sandor Marai, *La donna giusta*, Adelphi 2004, p. 36)